9310

Quien quita la ocasión...

18

QUIEN QUITA LA OCASION...

QUIEN QUITA LA OCASION...

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO ORIGINAL Y EN PROSA

DE

D. SALVADOR LASTRA.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades la noche del 25 de Octubre de 1873.

MADRID: 1873.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO.
SOLDADO, 4.

PERSONAJES.	ACTORES.
JULIA.	D.ª Luisa Rodriguez.
D.ª PRUDENCIA. . . .	Concepcion Rodriguez.
TOMASA.	Aurora Rodriguez.
JUAN.	D. José Vallés.
D. NICOMEDES. . . .	Antonio Riquelme.
LUIS.	Andrés Ruesga.
BARTOLOMÉ.	Mariano Martinez.

Época actual.

La propiedad de esta obra pertenece á la galería cómico-dramática titulada *El Chiste*, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la galería *El Chiste*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A mi querido amigo D. ANDRÉS RUESGA

EL AUTOR.

663474

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/quienquitalaocas29218last

ACTO ÚNICO.

La escena representa una sala decentemente amueblada. Puertas laterales y al foro. Velador con escribanía, libros etc.

ESCENA PRIMERA.

JUAN escribiendo. A poco BARTOLOMÉ.

JUAN. «Dentro de tres dias tendré el gusto de abrazarte.» Muy bien; de este modo, esperando que yo vaya, que será dentro de quince dias, no se moverá de Toledo. Y mientras tanto yo... Ay Julia! por qué te ausentaste de Madrid sin llevarte á tu esposo?... Es claro, yo me encontraba triste, aburrido, solo, siempre solo, qué habia de hacer... distraerme. Luego mi primo es el demonio que me incita y me conduce al precipicio... Y la verdad es que hay precipicios que no me desagradan. Sin ir más lejos el de anoche: reunion de confianza en casa de la condesa del Naipe, viuda de un mariscal... que de todo tiene menos de condesa; donde se

(Sale Bartolo con platos, los deja en la consola y se va.)

juega, se canta y se toca. Por cierto que una de sus hijas me sacó cinco duros para una vaca, y ni ví los cinco duros ni la vaca... pero pasé la noche muy divertido. Hoy domingo de Carnaval vamos al popular Capellanes, nada menos que con mi nueva criada y una amiga suya á correrla democráticamente. Pero ya debe de ser tarde! (Mirando el reloj.) Canario! Las ocho y media; y todavía no ha venido Luis. Bartolomé! Bartolomé! Bartolomé!

BART. Aquí estoy, señor. (Saliendo con un velador servido.)

JUAN. Te has vuelto sordo?

BART. Sordu nun señor; pero como venia cargado, nun podia responderle.

JUAN. Está vestida Tomasa?

BART. Sí señor, y qué traje se ha puestu más delegante!

JUAN. Tragiste los dos que te encargué?

BART. El de diablo y punichinela? En su cuarto de usted están.

JUAN. Y la cena?

BART. Cuando usted mande se traerá.

JUAN. Corriente.

BART. (Si yo me atreviera... é pur qué no.) Señor!

JUAN. Qué quieres?

BART. Pedirle á usted un favor verdalmente.

JUAN. Alguna barbaridad! Vamos, qué!

BART. Que me lleve usted á mí tambien á Capellanes, disfrazado.

JUAN. Y por dónde sabes tú que nosotros vamos á Capellanes?

BART. Toma, Tomasa me lo ha dicho.

JUAN. (Esa parlanchina se lo va á contar á todo el mundo, y es fácil llegue á oidos de mi mujer.) Escucha Bartolo; tu eres un buen muchacho á quien yo estimo bastante y voy á darte una prueba de ello. Vés este duro? Pues es para tí...

BART. Muchas gracias señoritu!

JUAN. Si guardas el más profundo silencio de lo que

veas y oigas aquí esta noche. De lo contrario, te arranco las orejas.

BART. Cuerno!

JUAN. Conque escoje.

BART. Me quedu con las orejas y tomu el duro.

JUAN. No dirás á nadie?...

BART. Ni una palabra. Pero cuandu venga la señora y me pregunte...

JUAN. Desgraciado. A esa menos. Es preciso que sobre esto seas para todo el mundo sordo y mudo. Entiendes? Sordo y mudo.

BART. Está bien. (Pues me voy á divertir sin poder hablar ni oir á nadie.) Campanilla foro derecha.

JUAN. (Es preciso ir sobornando gente si quiero vivir tranquilo cuando venga mi mujer.)

BART. (Están llamando, pero yo no debu oirlo.) (Siguen llamando.)

JUAN. (Ay Julia! por qué te fuiste con tu padre, por qué?...) Bartolomé, que llaman. (Yo no te sería infiel, ni me remorderia ahora la conciencia...) no oyes que llaman? (Sin duda será Luis... éste tiene la culpa de que yo sea un mal marido, me ha pintado el mundo de una manera, que no he tenido más remedio...) Pero no oyes que están llamando?

BART. Ya lu sé, pero hagu como que no lo oigo.

JUAN. Animal. (Pegándole un puntapié.)

BART. Pocu á pocu; usted hame dadu un duro purque sea sordo y mudo, y yo quiero ganarle bien.

JUAN. Pero eso se entiende con las personas.

BART. Ah! nada más que con las personas? Entonces podré hablar con mis compañeros.

JUAN. Con nadie. Vé á abrir.

BART. (Paréceme que es pocu un duro.) (Vase.)

ESCENA II.

JUAN, á poco TOMASA con traje de máscara.

JUAN. Si no fuera por lo fiel que es este muchacho, no era posible sufrir tanta barbaridad como comete á cada momento. (Sale Tomasa.)

TOMA. Señorito, ya estoy arreglaá.—Qué tal?

JUAN. Muy bien; te sienta perfectamente ese traje.

TOMA. Porque se puede; yo lo mismo soy para un barrío que para un fregao.

JUAN. (Y en verdad que no habia yo reparado hasta ahora á Tomasa..... es muy bonita.) Y tu amiga no ha venido?

TOM. Quién, Luisa? No señor.

JUAN. Se llama Luisa? bonito nombre.

TOM. Es hija del tio Vicente Rubio, por mal nombre el Jiboso, que está en la cuadra del señor conde de Mira el rio.... es decir, empleao.

JUAN. Y la chica tambien es como tu....

TOM. No señor, esa es doncella.

JUAN. Ya!

TOM. Pero pronto dejará de serlo; porque se casa el año que viene con el panadero de la esquina, y la quita del servicio.

JUAN. Y tú cuando te casas?

TOM. Cuando encuentre novio que se decida, porque hoy señorito están los hombres muy escamaos.

JUAN. Parece mentira que siendo tan bonita.... porque tú eres bonita, Tomasa.

TOM. Vaya!

JUAN. No tengas.... no digo uno, sino media docena de novios.

TOM. Eche usted novios, señorito, con uno basta.

JUAN. Ay! si pudiera ser ese uno. (Que me gusta mucho esta chica.)

TOM. Qué cosas tiene usted, señor.

JUAN. Tú si que tienes unos ojos que me vuelven loco y.... (Ay! Julia, por qué te fuiste!) Y unas manos... (no, las manos son bien ásperas) y un talle y un... (abrazándola.)

ESCENA III.

DICHOS, BARTOLOMÉ.

BART. Señor, señor.
JUAN. (Animal!) Qué te pasa?
BART. A mí no me pasa nada.
JUAN. Pues entonces qué es?
BART. Qué, si no lo vá usted á creer.
JUAN. Vamos, despacha.
BART. Que está ahí la señora.
JUAN. Mi mujer?
BART. Sí señor, y sus padres.
JUAN. Válgame las once mil vírgenes. Desnúdate pronto. Y tú no abras hasta que yo te diga.
BART. Pero si vienen detrás de mí.
JUAN. Bruto! has abierto?
BART. Como no sabia.....
JUAN. Quita pronto eso de ahí. (Empieza Bartolo á quitar botellas y platos, dejando uno encima de la consola del foro.) Escóndete en ese cuarto.
TOM. Pero hasta cuándo.....
JUAN. Hasta mañana. (La oculta puerta derecha.) Coje de ese velador, que no quede ningun cuerpo del delito. (Ocultan la mesa puerta primera.)
BART. Que vienen.
JUAN. (Y este plato!...) (Lo oculta debajo del brazo.)

ESCENA IV.

DICHOS, JULIA, DOÑA PRUDENCIA, DON NICOMEDES con cabá y saco de noche.

NICOM. Acá estamos todos.

JUAN. Qué sorpresa tan agradable.

JULIA. No me esperabas tan pronto, eh?

JUAN. Seguramente que no. Y cómo vamos, mis queridos papás?

NICOM. (A Prudencia.) Y luego dirás que el chico no nos quiere: «sus queridos papás.»

JUAN. Cómo es eso; acaso he dado motivo á mi señora doña Prudencia, para que dude de mi cariño?

PRUD. No, al contrario... es que.... (Eres muy inconveniente.) (A Nicomedes.) Como todos los yernos, hablo en general, aborrecen sin motivo á sus suegros... por lo demás nos encontramos muy buenos.

JUAN. Lo celebro infinito.

NICOM. Tambien todas las suegras, en general, no pueden ver á los yernos.

PRUD. Te quieres callar! (A Nicomedes.)

JUAN. Pero tambien en eso, como en lo otro, hay excepciones, y yo creo que mi querida mamá corresponderá á mi cariño.

PRUD. Así es.

NICOM. (No te fies!) (A Juan.)

JULIA. Ves, mamá, qué bueno es y cómo nos quiere?

PRUD. Con todo, hija mía, es preciso no dejarse guiar por las apariencias. Los hombres son muy hipócritas.

JULIA. Sin embargo, á mí se me figura.....

PRUD. Qué sabes tú, niña cándida, lo que es el mundo? Pero tienes á tu madre que lo conoce bastante y velará por tí.

NICOM. (A Juan.) Te prevengo que en el sermon que le está echando mi mujer á la tuya, no habla muy bien de tí.

JUAN. De veras?

NICOM. Puedes creerlo; conozco á fondo á mi mujer.

JUAN. Pero ustedes querrán descansar y voy enseguida...

NICOM. Lo que yo quisiera antes es tomar un bocado, porque el viaje me ha abierto el apetito.

JUAN. Es muy justo. Pero el caso es que no habrá nada preparado.

JULIA. Que vaya la criada á la fonda; es decir, si has tomado alguna durante mi ausencia.

JUAN. Con efecto.... he tomado una muy buena.... ya verás cómo te gusta.

JULIA. Lo celebro infinito. Bartolomé!

BART. Señorita!

JULIA. Dí á la criada que venga.

BART. La señora quiere que venga?...

JUAN. (Este lo vá á estropear.) Qué, no está? Tal vez haya salido á dar un paseo; la pobre como está siempre metida en casa... porque mira, es muy trabajadora.

PRUD. Pero á paseo á las nueve de la noche, y en invierno?

JUAN. Yo le diré á usted, es que... Ah! sí... ya recuerdo donde ha ido. Con la alegría de verlos á ustedes se me habia olvidado decirte que hoy me ha pedido permiso para ver á una tia suya muy vieja, que está bastante malita del sarampion. (Yo no sé lo que me digo.)

PRUD. Sarampion una vieja?

JUAN. No... me he equivocado; es una tia de tres años.

NICOM. Tan jóven, y ya es tia!

JUAN. Qué tiene de particular que sea menor que la sobrina?... No vemos todos los dias padres que son mas jóvenes que sus hijos... digo, hijos que son mas grandes que sus padres?... tampoco.

JULIA. Pero hombre, á qué tantas explicaciones por una cosa que no tiene nada de extraño?

JUAN. Creí que... (Estoy sudando.)

PRUD. (Aquí hay gato encerrado.) Hija mia, desconfia del sarampion.

JULIA. Qué cosas tienes, mamá.

PRUD. Veo con pesar, querido yerno, que todavía no se ha dignado usted dar un abrazo á su esposa.

JUAN. Le diré á usted... lo dejaba para más tarde.

NICOM. (En todo se ha de meter mi mujer.)

JUAN. Pero en fin, puesto que ustedes me lo permiten, voy... (Adios mi dinero!) (Al abrir los brazos se le cae el plato.)

PRUD. }
JULIA. }Qué es eso?

NICOM. Calle!

PRUD. Qué significa esto, querido yerno?

JUAN. Esto significa... un plato.

JULIA. Y por qué tenias un plato debajo del brazo?

JUAN. Te diré, querida esposa... lo tenia por...

PRUD. (Malo, malo.)

JUAN. Querrás creer que no me acuerdo ahora? Ah, sí! Lo tenia como medicina.

NICOM. (Riéndose.) Como medicina un plato?

JUAN. Es raro, eh? Yo tambien me eché á reir cuando me lo mandó el médico.

PRUD. Y no se puede saber la enfermedad?...

JUAN. La enfermedad!... pues la enfermedad es... es un grano. Sí, eso es, un grano muy grande que tengo aquí debajo, y como al mover el brazo tropiezo con él y veo las estrellas, el médico me ha mandado que me ponga un plato para que no me roce con nada. (Si yo cogiera aquí á mi primo...)

PRUD. Sabe usted, querido yerno, que es la prlmera vez que oigo semejante receta?

JUAN. Es que en el tiempo que faltan ustedes de Madrid se ha adelantado mucho en la medicina. Ahora se cura de otra manera.

PRUD. Ya! Hija mia, desconfia de los platos.

JUAN. Pero ya nos olvidábamos de la cena.

NICOM. No, yo no me olvidaba.

JULIA. Puesto que no está la chica, que vaya Bartolo á la fonda.

JUAN. Es cierto.

JULIA. Entre tanto, les enseñaré á ustedes la casa.

JUAN. Muy bien pensado; yo mientras espero aquí á que venga Bartolomé.

PRUD. Yo suplico á mi yerno que nos acompañe, pues tenemos que hablar con él de un asunto que nos interesa bastante. Ya sabes, Nicomedes.

NICOM. Ah, sí! es cierto. Puesto que tú eres abogado, tenemos que consultarte sobre un pleito que tenemos en Toledo

JUAN. Pero eso es mejor mañana, ó despues de la cena.

PRUD. Mañana nos marchamos á Toledo. No hemos venido mas que para acompañar á nuestra querida hija.

JUAN. Corriente. (Y cómo sale la otra?)

BART. Cuántus cubiertus traigo?

JUAN. Cuatro. Oye, Bartolo. (Aparte.)

BART. Señor.

JUAN. Procura que se marche enseguida, sea como sea.

BART. Pero quién?

JULIA. Juan! (Llamándolo.)

JUAN. Animal.

JULIA. Cómo?

JUAN. Nada, querida esposa. Decia á Bartolo que no tardara mucho. Qué querias?

JULIA. Que le des el brazo á mamá.

JUAN. Ah, sí! con mucho gusto. (Dándole el brazo.)

PRUD. (Voy á ver si es cierto lo del grano.)
(Le pega con el codo derecho debajo del brazo.)

JUAN. Qué es eso?

PRUD. Nada, los nervios. (No se ha quejado. Vigilaré.)
(Vánse foro izquierda.)

ESCENA V.

BARTOLO; á poco TOMASA puerta derecha.

BART. Huéleme á mí que en esta casa va á pasar algu y no muy bueno. Tomasa déjase abrazar por el amu en ausencias y enfermedades de la señora, y luegu el señoritu la esconde en aquel cuartu, y despues dice que no está en casa... y cuandu digo que

aquí vá á pasar algu. Pero yo me lavo las manos del señor de Pilatos y allá se las compongan como puedan. Vamus á la fonda por los cuatro cubiertos. (Váse foro llevándose la luz. Oscuro.)

TOM. (Saliendo.) Esta es la ocasion de salir... pero á dónde voy yo con este traje? Y luego, con el aquel de venir la señorita y cogernos infregantis, todos mis niervos se han puesto en revolucion, y temo que me dé el mal. Y lo peor es que si se llega á enterar la señora y me planta en la calle... No lo dije?.. ya siento un hormigueo por tóo el cuerpo. Yo me pongo mala... Dios mio! y estoy sola.

ESCENA VI.

DICHOS, JUAN por el foro izquierda.

JUAN. (He podido safarme de ellos so pretesto de venir por un libro de leyes... Pero quién ha dejado esto á oscuras? No puede ser otro que el bruto de Bartolo. Es preciso que se marche cuanto antes Tomasa, no haga el diablo que mi mujer... y ahora que está aquí mi suegra. (Tropieza con Tomasa.) Eh! Quién está aquí?

TOM. Soy yo, señorito.

JUAN. Tomasa! Pero á qué sales hasta aquí sin que yo te llame?... Quieres perderme?...

TOM. Es que me he puesto muy mala.

JUAN. Pues mira, sal ahora mismo á tomar el fresco á la calle y no vuelvas hasta mañana. (Empujándola.)

TOM. Si no puedo, si me va á dar aquello.

JUAN. El qué?...

TOM. El mal.

JUAN. De qué?

TOM. De corazon.

JUAN. No por Dios, hija mia, déjalo para cuando estés en la calle. Mira que puede venir mi mujer.

TOM. Ay señor... yo me pongo peor. (Cayendo en brazos de Juan.)

JUAN. No, Tomasa de mi vida.

TOM. Mire usted... ya no veo.

JUAN. Lo que es eso yo tampoco.

TOM. Sosténgame usted que caigo. (Se desmaya dejando caer la careta.)

JUAN. Yo tambien me caigo. Las piernas me tiemblan... Tomasa... Tomasita!... Esto solo me faltaba!... Cáspita, y qué fuerzas tiene! (Sujetándole los brazos.) Tomasita, vuelve en tí. Te compraré un vestido de seda si te marchas enseguida... (Pues es verdad que le dió aquello, cuando no me coje la palabra.) Si yo pudiera cargar con ella y ponerla en la calle... Probemos.

ESCENA VII.

DICHOS. DON NICOMEDES foro izquierda.

NICOM. Pero has encontrado ese libro?...

JUAN. Calle! mi suegro.

NICOM. (Cáspita, y qué oscuro está esto!... Encendamos un fósforo. (Buscándose en los bolsillos.)

JUAN. Si yo pudiera colocarla en una silla iría por vinagre ó agua de Colonia. Probemos á ver si tropiezo con una...

(Empieza á andar con Tomasa hácia donde está D. Nicomedes, tentando en el suelo con el pié izquierdo.)

NICOM. (Pues señor, me he dejado las cerillas en el saco de noche, y ahora me encuentro que no sé por dónde he venido. Caminemos á tientas hasta encontrar la salida. (Tropieza con el pié de Juan.) Eh! quién anda ahí? (Asustado.)

NICOM. (Si serán ladrones!) Ladrones!

JUAN. Chist!... cállese usted por Dios; soy yo querido suegro.

NICOM. Ah! eres tú, Juan?

JUAN. El mismo.

NICOM. Qué susto he llevado. Crei que eran ladrones que me querian robar las botas. Pero qué demonios haces á oscuras?

JUAN. Estoy buscando el libro.

NICOM. Acaso tienes tu biblioteca en el suelo?...

JUAN. Es que se me ha caido.

NICOM. No tienes fósforos?

JUAN. No, señor.

MICOM. Qué demonio! Lo mismo me pasa á mí. Pero llamaré á Julia para que traiga una luz.

JUAN. No: es inútil... ya lo encontré.

NICOM. Pues entonces vámonos. Pero haz el favor de ser mi lazarillo, porque no doy con la salida.

JUAN. (Oh! qué idea!) Deme usted la mano.

NICOM. Ahí vá. (Alargándosela.)

JUAN. Sostenga usted bien lo que le voy á dar.

NICOM. Es un libro?

JUAN. Sí, un tomo de cuatro arrobas.
(Echándole encima á Tomasa).

NICOM. Caracoles!

JUAN. Que no se caiga.

NICOM. Pero chico!... Esto es una mujer si no mienten las faldas.

JUAN. Chist! cállese usted! Yo voy á mi cuarto por una esencia, porque está desmayada. Guárdemela usted hasta que venga.

NICOM. Que me la guarde, y en dónde?

JUAN. Yo vengo enseguida.

NICOM. Pero me quieres decir quién es esta mujer?

JUAN. Esta mujer es... una mujer.

NICOM. Ya lo veo... digo, no, ya la toco.

JUAN. Procure usted que no la vea nadie, vá en ello la tranquilidad de su hija. Vuelvo.
(Vase puerta izquierda).

NICOM. A ver, explícame eso... Chico!.. Juan! Nada, se ha ido!

ESCENA VIII.

TOMASA, NICOMEDES; á poco DOÑA PRUDENCIA foro.

NICOM. Qué demonio de enredo será este? Y el caso es que pesa más de cuatro arrobas esta buena señora. Y cómo huele á cebolla! Si mi mujer me sorprendiera en esta posicion, ella que es tan celosa... Trescientas cuarenta y dos criadas lleva ya despedías desde que nos casamos. Trescientas cuarenta y dos, inocentes. No, miento, una ha habido... pero esto no lo sabe mi mujer, que no me ponia mala cara.., y si yo hubiera querido... Pero tuve miedo á las afiladas uñas de mi esposa. Cáspita! Esta señora no vuelve en sí, y yo estoy sudando lo mismo que un pollo. (Sale doña Prudencia).

PRUD. (Saliendo). (Calle! A qué habrán apagado la luz de esta sala?)

NICOM. (A ver si llamándola vuelve en sí!) Señora! Señora!

PRUD. (Cielos, la voz de mi marido!)

NICOM. Señora!... (Pues estoy divertido).

PRUD. (Señora?... Ah tunante!)

NICOM. Que ya me faltan las fuerzas y nos vamos á caer los dos al suelo.

PRUD. (Esto es inicuo. Si sospechaba yo con razon! Y aun no hace una hora que estamos en Madrid).

NICOM. Mire usted que puede venir mi mujer que es más celosa que un turco.

PRUD. (Y con razon).

NICOM. Y si nos sorprende de esta manera es capaz de sacarme los ojos, porque es muy animal mi costilla.

PRUD. (Ya te diré yo si soy animal ó nó.)

NICOM. Me parece que ya vuelve en sí. Vamos, ánimo señora.

TOM. Dónde estoy? (Volviendo en sí.)

NICOM. Nada tema usted, en mis brazos!

PRUD. (En sus brazos!... Yo no puedo aguantar más.) Infames!

TOM. Cielos! (Ocultándose en la puerta derecha.)

NICOM. (Vírgen Santísima, mi mujer!)

PRUD. Una luz! Julia, trae una luz corriendo.

NICOM. (Dios mio, la que me espera.)

PRUD. Julia! Juan! Una luz.

ESCENA IX.

DOÑA PRUDENCIA, DON NICOMEDES, JULIA con luz, foro izquierda.—JUAN, puerta izquierda.

JULIA. Qué es esto? Qué sucede?

JUAN. (Se descubrió el pastel.) Qué pasa?

PRUD. Infame! Negarás ahora que me engañas? (Corriendo detrás de él.)

NICOM. (Huyendo de ella.) Por Dios, detenedla, que si no va á hacer alguna barbaridad.

PRUD. Te he de sacar los ojos.

JULIA. Mamá! (Deteniéndola.)

JUAN. (Idem.) Vamos, cálmese usted, doña Prudencia.

NICOM. Sí, su nombre está en relacion con su carácter. Bien se conoce que cuando la bautizaron todavía no hablaba, pues de lo contrario le hubieran puesto doña Basilisco.

PRUD. Oyes, hija mia, oyes cómo me insulta?

JULIA. Pero se puede saber qué es lo que ha pasado aquí?

JUAN. (No me descubra usted por Dios! (A D. Nicomedes.)

PRUD. Has de saber hija mia que tu padre...

NICOM. Mentira! Esa es una calumnia.

PRUD. Esto más... Te atreves á negar que eres el padre de mi hija?

NICOM. No, si yo me referia á lo otro.

PRUD. Pues has de saber que me he encontrado á tu padre abrazando á una mujer.

NICOM. Repito que es mentira.

PRUD. No puedes negarlo, lo he visto con mis propios ojos.

NICOM. Ahí ves como no es verdad, porque estábamos á oscuras.

PRUD. Pero lo he oido perfectamente.

NICOM. Quien escucha, su mal oye.

JULIA. Pero papá, es posible?

JUAN. Pero señor don Nicomedes, es posible que de esa manera engañe usted á mi señora doña Prudencia?

NICOM. Pero oye, tambien tu...

JUAN. (Silencio, esto lo hago por cubrir las apariencias.

JULIA. Pero dónde está esa mujer, y cómo ha entrado en esta casa?

JUAN. Niéguelo usted. (A D. Nicomedes.)

NICOM. Pero si no existe tal mujer, si son ilusiones de tu mamá.

PRUD. Ilusiones?

JUAN. Vamos, ya veo que usted se ha equivocado, don Nicomedes es incapaz...

PRUD. Que me he equivocado?... Ahora lo veremos. (Se dirige á la puerta izquierda.)

JUAN. Qué va usted á hacer?

PRUD. A registrar toda la casa hasta encontrar á esa mujer.

JUAN. Opóngase usted. (A D. Nicomedes.)

NICOM. Te prohibo semejante cosa.

PRUD. Me lo prohibes?... Mira el caso que hago de tí. (Váse puerta izquierda.)

JUAN. Pero doña Prudencia... (Si la encuentra soy perdido.) Y ese es el modo que tiene usted de hacerse obedecer?

NICOM. Pues mira, siempre me ha sucedido lo mismo. (Siguen hablando.)

JULIA. (Es singular lo que está pasando.) Cómo es posible que mi padre que hace una hora que está en Ma-

drid... aquí existe una equivocacion y sospecho que Juan sabe la verdad.

NICOM. Pero me quieres decir qué significa esto?

JUAN. Debilidades de un hombre, que ya se encuentra arrepentido. Pero la tranquilidad de Julia exige que no diga usted una palabra.

JULIA. (Están hablando en secreto, mi sospecha se realiza.)

PRUD. (Saliendo con dos trajes de máscaras.—Puerta izquierda. Mira, hija mia, mira lo que he encontrado en ese cuarto.

JUAN. (¡Gran Dios!)

PRUD. Un diablo....

NICOM. (Dios los cria y ellos se juntan...)

PRUD. Es decir, un traje y otro de Polichinela.

JULIA. Dos trajes de máscaras en el cuarto de mi esposo. Qué significa esto? (A Juan.)

JUAN. Te diré... Es que...

JULIA. Te turbas?

JUAN. No lo creas hija mia... si no que... la... (defiéndame usted.)

JULIA. Basta, esa turbacion de usted me hace comprende la verdad. Caballero, usted me engaña. Esa mujer se encontraba en casa cuando hemos venido. Usted sin duda la ocultaba.

JUAN. Pero Julia, es posible que creas?...

NICOM. Estás en un error, hija mia. Aquí no se oculta ninguna mujer, y menos que haya venido por tu esposo.

PRUD. Como que ha venido por tí.

NICOM. Ni por mí, ni por nadie.

PRUD. No lo niegues infame, confiésalo.

NICOM. Lo que confieso de buena gana, es que ya estoy harto de tus ridículos celos, y que si no pones la enmienda me voy á pegar un tiro para verme libre de tí, ó á encerrarte en una jaula del Retiro, que es donde vivias cuando me casé contigo.

PRUD. Esto es escandaloso... esto es... ay! yo me pongo mala... yo no sé lo que tengo.

NICOM. (Yo sí, hidrofobia.)

JULIA. Mamá...

PRUD. (Levantándose de pronto.) Pero no creas que me intimidan tus amenazas.

NICOM. Lo creo; á tí no te intimidan ni un batallon de francos.

ESCENA X.

DICHOS. BARTOLOME foro.

BART. Señoritus, la cena está dispuesta; cuando gusten...

NICOM. Para cenar estamos nosotros.

JULIA. Ahora sabré si me engañas.

JUAN. (Qué irá á hacer, Dios mio!)

JULIA. (Bajando á Bartolo al centro de la escena.) Vén acá, Bartolo. Vas á decirme la verdad de lo que yo te pregunte, entiendes?... la verdad; de lo contrario, te planto en la calle enseguida.

BART. (Caracoles!) Señorita, yo...

JUAN. Te arranco las orejas si dices la verdad. (Aparte á Bartolo.)

BART. (Demonio!)

JULIA. Díme, ha venido alguna mujer á esta casa durante mi ausencia?

BART. (Qué hago? me quedo sin salario ó sin orejas?)

JUAN. Responde á lo que te pregunta mi esposa. Ya ves que yo no le prohibo...

JULIA. Ya lo veo; vamos, dí.

BART. Pues sí señora, ha venido...

JUAN. (Infame!) (Dándole un puntapié.)

BART. (Ay! Pues aquí no están las orejas.)

JULIA. Quién? responde pronto, quién?

BART. La... lavandera. (Váse foro derecha.)

JUAN. Vamos, te convences como aquí no hay ninguna mujer?

PRUD. Pues entonces, de quién es esta careta? (Recogiéndola del suelo.)

JULIA. Una careta?

PRUD. Sí, y de mujer.

JUAN. Esa careta es... (Defiéndame usted.) (A Nicomedes.)

NICOM. Y qué digo yo? (A Juan.)

JULIA. Esta careta es de la mujer que tiene usted escondida en ese cuarto y voy... (Se dirige á la puerta derecha.)

PRUD. Justo, vamos... (Lo mismo.)

JUAN. No puede ser; yo me opongo.

JULIA. Te opones? Luego es verdad? Pues bien; quiero conocerla.

JUAN. Pero Julia, si no te engaño, sino que... (Opóngase usted.)

NICOM. Yo tambien me opongo.

PRUD. Hija mia, los dos se han unido para engañarnos. Si todos los hombres son iguales!

JUAN. Te repito que te equivocas, que no hay nadie.

PRUD. No lo creas, hija mia, en ese cuarto está.

NICOM. (Cómo se parece mi mujer á la serpiente del paraiso.)

JUAN. Pues bien; ya que ustedes no se fian de mi inocencia...

NICOM. De nuestra inocencia dirás.

JUAN. Voy á decir la verdad. Falto á un juramento que he hecho, pero no importa; primero es la tranquilidad de mi esposa. En ese cuarto se oculta una señora.

PRUD. Lo ves como yo tenia razon?

JUAN. Pero esa señora... es la esposa de mi primo Luis.

NICOM. Qué dices? (A Juan aparte.)

JUAN. No lo sé.

JULIA. Pero si tu primo es soltero...

JUAN. Hace cinco dias que ha contraido matrimonio.

JULIA. Y por qué razon evita mi presencia esa señora?

JUAN. Te diré... A ella la han dicho, no sé quién, que su marido va esta noche al Real en compañía de una jóven, y ha querido sorprenderlos. Para lo cual se ha disfrazado, y ha venido á suplicarme que la acompañe. En esto has llegado tú, y temerosa de que la recibieras mal, y que abrigaras sospechas al verla conmigo, puesto que no la conoces, se ha ocultado en ese cuarto, haciéndome jurar que no diria una palabra. Esto es todo lo que hay de criminal en mi conducta. (En mi vida he mentido con mas aplomo.)

PRUD. Lo que no se explica es que mi esposo...

JUAN. Nada mas sencillo. Esa señora se me desmayó en el momento que iba á sacarla de casa. Vino mi suegro, le supliqué que la tuviera mientras yo iba por una esencia, accedió, y entonces fué cuando usted los sorprendió. Con que estás convencida?

JULIA. Lo estaré cuando vea á esa señora, y tu primo me asegure que es su mujer.

PRUD. Muy bien dicho.

JUAN. Dudan ustedes de mis palabras?... Pues bien; no quisiera mas que tener aquí á mi primo Luis para quedar en el lugar que me corresponde.

ESCENA XI.

DICHOS. BARTOLO; á poco LUIS foro.

BART. El señoritu Luis! (Anunciando.)

JUAN. *(Tableau!)*

PRUD. No podia llegar en mejor ocasion.

JULIA. Dile que pase. (Váse Bartolo.) Veremos si es verdad cuanto me has dicho.

PRUD. Sí, nosotras le preguntaremos y ustedes callarán. Y sobre todo, cuidado con hacerle alguna seña.

JUAN. (Y cómo le prevengo yo...?) Don Nicomedes, cuan-

do yo tosa haga usted lo mismo, pero muy fuerte.

NICOM. Pero hombre, qué capricho!...

JUAN. Silencio.

LUIS. (Sale cantando.) «No me lleves á Paul
que me...»
(Demonio!) (Al ver á Julia.) Oh! qué agradable sorpresa! Cómo estás, primita? y usted, señora? Hola, que tambien ha venido mi buen señor don Nicomedes. Qué tal? (Alargándole la mano.)
(Don Nicomedes pasa adonde está Luis; Prudencia lo detiene.)

PRUD. Quieto, señor marido, atrás.

NICOM. Si voy á saludarle.

PRUD. Desde aquí puedes hacerlo.

LUIS. (Qué significa esto?)

NICOM. Muy bien, y usted? (Alargando la mano desde donde está, de manera que haya mucha distancia.)

LUIS. Perfectamente.

JUAN. (De pronto.) Pues has de saber, Luis, que mi mujer no quiere creer....

PRUD. / JULIA. } No vale prevenirle!... Silencio!

JUAN. Pero....

JULIA. Silencio.

LUIS. (Aquí pasa algo. Calle, si habrán descubierto.... estemos alerta.)

PRUD. Déjame á mí, yo le iré sonsacando poco á poco.

JUAN. (Que ha estado haciendo señas á Luis.) (No me entiende.)

PRUD. Qué es eso, querido yerno?

JUAN. Nada.... que.... me duele el grano. (Oh! que idea!)
(Saca una tarjeta y lápiz, y se pone á escribir sin que nadie lo vea.)

LUIS. (Qué querrá decirme!) (Por las señas de Juan.)

PRUD. Y á qué tenemos el gusto de verle á usted por aquí á estas horas?

LUIS. Nada... que me acordé de que Juan estaba solo, y me dije, voy á hacerle un ratito de compa-

ñía, á fé que no tengo á nadie que me espere.

JUAN. Ejem! ejem! (Tosiendo.)

NICOM. Ejem! ejem! (Idem.)

JULIA. Están ustedes constipados?

JUAN. No, no tal. (Cómo haré para que lea esto...)

PRUD. Has oido, hija mia, no tiene á nadie que le espere.

JUAN. Pero chico, deja el sombrero. (Lee eso sin que te vean.) (Echándole la tarjeta en el sombrero al tiempo de cojérselo.)

LUIS. (Sin soltarlo.) No, gracias, voy á marcharme enseguida.

JUAN. Como quieras.

PRUD. Dígame usted Luis, hace mucho tiempo que no ha ido usted por la audiencia?

LUIS. Por la audiencia?... (El demonio que lea esto!) pues... lo menos un año.

JULIA. PRUD. } Un año!

JUAN. Ejem! ejem! (Tosiendo.)

NICOM. Ejem! ejem! (Idem.)

JULIA. Tomen ustedes un poquito de malvavisco.

JUAN. Muchas gracias.

LUIS. (Leyendo.) (Dí que... te han...)

PRUD. Pues hay quien asegura que hace pocos dias estuvo usted allí.

LUIS. Sí?... (Leyendo.) (Dí que te han cazado! Que me han cazado?...)

PRUD. Por más señas que daba usted el brazo á una jóven!

LUIS. (Leyendo.) (Ah! no es eso!) Con qué á una jóven?... (Dí que te has casado!... vamos, lo comprendo todo perfectamente.) Pues sí señora, daba el brazo á una jóven, á mi esposa!

JUAN. Respiro!

NICOM. (Cómo?)

PRUD. A su esposa?

LUIS. Sí señora, á mi querida esposa.

JUAN. Vamos, lo ven ustedes?...

LUIS. Qué, acaso dudaban?...

JULIA. No tal; pero como siempre has dicho que odiabas el matrimonio... por eso...

LUIS. Qué quieres hija, el hombre propone y... (mi primo dispone.)

JULIA. Y es bonita? Tendria mucho gusto en conocerla.

LUIS. Pues en cuanto venga de Badajoz te la presentaré. Hoy precisamente se ha marchado!...

PRUD. } JULIA. } Hoy?

NICOM. Toso? (A Juan.)

JUAN. (No hace falta.) Te engañas. Tu mujer ha fingido esa marcha para vigilarte. Tu mujer se encuentra en mi casa.

LUIS. Cómo? (Si entiendo una palabra...)

JUAN. Y ahora mismo lo verás.

LUIS (Quién demonios será mi mujer?)

JUAN. Salga usted prima. Nada tema usted. (Dirigiéndose á la puerta derecha.)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, TOMASA puerta derecha.

LUIS. (Tomasa!) (Viéndola.)

JUAN. (Es preciso que finjas... (A Tomasa.)

TOM. (Todo lo he oido, señorito.)

PRUD. (Que bastota es!)

JUAN. Presento á ustedes á la esposa de mi primo

TOM. (Ojalá fuera verdad!)

JUAN. (Echala un sermon.) (A Luis.)

TOM. Señoras...

LUIS. Qué causa, qué motivo le ha impulsado á usted á engañarme de esta manera? Usted sabe lo que ha hecho? Usted sabe las consecuencias que esto

puede traer?... La conducta de usted merece un ejemplar castigo y...

JUAN. Perdónala. (Bajo á Luis.)

LUIS. Te perdono. (No hiciera más un marido.)

JUAN. Muy bien hecho. Todo ello ha sido un exceso de cariño.

NÍCOM. Vamos, te convences como soy un casto José?

PRUD. Ya lo veo, pero mañana nos marchamos para siempre á Toledo.

LUIS. (Oye, Juan, qué hago yo con esta?)

JUAN. Llevártela muy lejos de Madrid y no volver hasta dentro de un año, que serás viudo. Lo exige así la tranquilidad de tu prima.

LUIS. No es mala primada la mia! (En cuanto salga á la calle, la dejo.)

NICOM. Juan, es cierto que es su mujer?

JUAN. Sí señor, (pero silencio.)

NICOM. Compadezco á Luis. (Riéndose maliciosamente.)

JUAN. Con que estás convencida?

JULIA. Lo estoy; pero de hoy más, no me separaré nunca de tu lado.

JUAN. Ni yo; por aquello de quien quita la ocasion, quita el peligro.

FIN.

POLIZA N. 13 911